

## Huevo de zurcir

Se provocó un aborto con una aguja,  
pero el huevo seguía prendido (oscuro)  
como una yema dura, sin desprenderse.  
Su dedo no pudo arrancarlo.  
Los demás niños se tiraban de uno en fondo  
(desde el tablón de acuatizar —decían) hacia la cama  
donde la viejita, casi inconsciente, dormía.  
Pero ellos seguían surfiando,  
insistían en arrastrarla con su mala suerte,  
al mar de ojos amarillos.  
Porque había un mar simulado,  
una luz que, en la angustia de crecer (y de creer),  
les hacía ver aquellas cosas del final, difíciles  
(la penitencia),  
convenciéndolos con dificultad de esa osadía,  
de caer desde la altura sobre el mármol.

Por eso se pinchó más profundo esta vez,  
durante una tormenta de alcanfor.  
Pinchó con esa uña larga de tejedor, adentro.  
Relampagueaba, a pesar de que no llovía,  
y se sintió abandonada como una piedra  
con escalofríos de rodar  
aquella máscara de peltre sobre la acera.  
Porque ella también (en el momento apropiado)  
quedaba rota, petrificada.  
Y los niños bajo el edredón, oían su llanto y la culpaban.  
Toda la familia la culpaba.

Él nunca sospechó los instrumentos  
que usó para el deshacimiento.  
«No tuvo más remedio que ser mezquina» —anotó—  
«y dejar ese olor a huevo podrido en el paño».

Al fin, el huevo se desprendió con cáscaras  
de un metal retorcido  
sobre un tapiz (de madreperla) barato.

Y Cloto (vieja hilandera) cayó  
empujada por el apuro de los muchachos  
sin ser doncella ni madre ni enemiga,  
y no era más  
que un poco de sangre coagulada  
sobre una sábana que no era el mar.